

en el mundo y del don del Espíritu Santo, a la multitud de hombres, que están llamados a vivir en concordia fraterna y que, sin embargo, viven divididos a consecuencia del pecado. En la visión global de este proyecto, Cristo aparece en el centro de la historia, ya que por Él y en Él se opera la unidad de muchos. Todos los que creen en Cristo van formando con Él un solo cuerpo, el Cristo total, constituido por una sola cabeza y muchos miembros.

En la segunda parte se abordan los aspectos esenciales de la vida cristiana con su carácter pascual como nueva vida en Cristo (filiación divina y edificación del templo de Dios), la cruz como su símbolo y, en particular, las virtudes teologales (fe, esperanza y caridad). En la tercera se expone el camino o itinerario que conduce desde la conversión a la perfección de la vida cristiana. En la perfección moral y espiritual del cristiano entra en juego el conocimiento de no haber alcanzado todavía la perfección más grande y la necesidad de tender siempre hacia adelante. Así, también en el grado más alto, el de la contemplación, la espiritualidad agustiniana confirma su carácter dinámico y su fuerte orientación escatológica.

A lo largo del trabajo se destaca con fuerza la insistencia de san Agustín en la necesidad de la oración, y ello como fruto de su personal concepción de la vida cristiana, que tiene como centro al Espíritu Santo, que habita en el creyente. Muchas veces se ha recalcado el

crisocentrismo agustiniano y no tanto el papel esencial que asigna a la acción del Paráclito. En realidad, también el Espíritu Santo está en el centro. La doctrina de la gracia va ligada estrechamente a esta fe, es decir, que el Espíritu Santo nos ha sido dado para renovarnos, para hacernos hijos de Dios, capaces de amar al Padre y todo lo que es justo y bueno según su voluntad.

En definitiva, estamos ante un magnífico estudio especialmente dirigido a quienes desean extraer de la espiritualidad agustiniana una inspiración elocuente y viva para sus propias vidas. «Cuando leo los escritos de san Agustín no tengo la impresión de que se trate de un hombre que murió hace más o menos mil seiscientos años, sino que lo siento como un hombre de hoy: un amigo, un contemporáneo que me habla, que nos habla con su fe lozana y actual. En san Agustín, que nos habla, que me habla a mí en sus escritos, vemos la actualidad permanente de su fe, de la fe que viene de Cristo, Verbo eterno encarnado, Hijo de Dios e Hijo del hombre. Y podemos ver que esta fe no es de ayer, aunque haya sido predicada ayer; es siempre actual, porque Cristo es realmente ayer, hoy y para siempre. Él es el camino, la verdad y la vida. De este modo san Agustín nos impulsa a confiar en este Cristo siempre vivo y a encontrar así el camino de la vida» (Benedicto XVI, *Audiencia general*, 16-I-2008).

Juan Antonio GIL-TAMAYO  
Universidad de Navarra

---

## JUAN DE DAMASCO, *Sobre las imágenes sagradas*

Introducción, edición bilingüe y notas de José B. TORRES GUERRA  
Eunsa, Pamplona 2013, 331 pp.

Juan de Damasco es uno de los Padres de la Iglesia más conocidos, al menos de nombre, por presentarse normalmente como término *ad quem* de la época patrística en el Oriente cristiano. Nacido en Damasco entre 645 y

676, Juan se formó de acuerdo con los principios del canon educativo heleno habitual en el Bizancio cristiano, y –aunque esto no es constatable del todo– fue funcionario de los califas. Posiblemente hacia el 706, se

retiró al monasterio de San Sabas, cerca de Jerusalén, lugar en el que se dedicó a la contemplación, el estudio y la predicación. Fue ordenado sacerdote. Realizó una gran labor como escritor; los escritos ahora traducidos por José Torres nos muestran que desempeñó un papel importante en la querrela iconoclasta. Murió probablemente el año 749.

En cuanto a su obra, Juan Damasceno recogió y transmitió a la posteridad lo esencial de la teología que se había elaborado hasta ese momento. De un modo muy particular lo hizo en su obra *Fuente del conocimiento*, dividida en tres partes: *Dialéctica*, *Sobre las herejías*, y *Exposición cierta de la fe ortodoxa*. La primera, es una exposición de los principios filosóficos que han de ayudar a la presentación adecuada del dogma; la segunda, una reseña de cien herejías, entre las que incluye la iconoclasia y el islamismo; la tercera, es una presentación sistemática de la doctrina expuesta por los Padres de la Iglesia anteriores a él. En sus escritos de carácter polémico, entre los que se encuentran los ahora traducidos por Torres, Juan se enfrenta a herejías como el maniqueísmo, el monotelismo, o el nestorianismo. Tiene además otras obras de carácter ascético, entre las que se incluyen algunas homilias dedicadas a fiestas marianas.

*Sobre las imágenes* sagradas está compuesta por tres discursos, el primero de los cuales lleva como título «discurso o escrito de defensa frente a los que difaman las imágenes sagradas», o sea, contra la iconoclasia. Era ésta una postura religiosa, desarrollada en el siglo VIII, que sostenía que la veneración de la imagen que representa a personas sagradas (como Jesús, María o los santos) constituye una forma de adoración del objeto material y, por tanto, es un tipo de idolatría. La disputa ocasionada por esta postura adquirió carácter público, y se convirtió en materia política cuando, en 726, el emperador León III promulgó un edicto contrario a la veneración de las imágenes y su exhibición en los templos. Juan Damasceno se convirtió, en

los enfrentamientos que de aquello se originaron, en el gran defensor intelectual de la veneración de las imágenes.

La obra ahora traducida al castellano por primera vez, consta, como ya se ha mencionado, de tres discursos sucesivos, en los que se repiten bastantes capítulos. Es importante dejar claro, en todo caso, que no se trata de un discurso rehecho en dos ocasiones, sino de tres textos diferentes, cada uno con sus características propias. La transmisión manuscrita de estas obras muestra que no siempre se tuvo esto en cuenta. Por indicios internos, el primer discurso debe haber sido escrito antes del 730, y el segundo después de dicha fecha. El inicio del tercero comienza repitiendo partes del primero y, sobre todo, del segundo.

Por lo que respecta al contenido de los discursos, en ellos Juan afirma por un lado, afrontado la cuestión desde el punto de vista político, que el poder temporal no puede condicionar las decisiones del ámbito eclesiástico. Pero las cuestiones de fondo a las que responde son éstas: ¿qué es lícito representar?, ¿es posible y lícito representar a Dios, según hacen los cristianos que pintan en tablas a Jesús, el Dios Hijo? «La tesis de Damasceno viene a decir que la veneración de la imagen se ha hecho posible por la Encarnación de Jesús, desde el momento en que el Dios incorpóreo e ilimitado tiene un cuerpo material y se circunscribe a sus límites» (p. 22). Al decir esto, el Damasceno marca distancias frente tanto a los judíos como a los maniqueos. Al mismo tiempo, afirma Juan que «la veneración (*proskynesis*) de la imagen no es veneración de la materia, ni mucho menos adoración (*latreia*) de la misma, por cuanto es esencial tener presente que el honor de la imagen remonta a su modelo en todos los casos, tanto en el que se refiere a las imágenes que representan al emperador como en los iconos de Jesús» (p. 23).

Cada uno de los tres discursos está seguido por una colección de autoridades

patrísticas que apoyan y fundamentan la argumentación del Damasceno. Casi todos los testimonios están tomados de los Padres griegos, excepción hecha de un texto de San Ambrosio y de un pseudoambrosiano. Al florilegio del primer discurso, Juan añade algunos comentarios y observaciones personales.

Torres ha seguido para su traducción la edición publicada por B. Kotter en 1975, y a partir de la que se han hecho diversas traducciones a lenguas modernas. Respecto al texto fijado por Kotter, Torres tan sólo hace algunas variaciones en la puntuación. Sin embargo, su traducción no sigue el orden de la de Kotter: en ésta se presentan los tres discursos de Juan en una especie de «edición concordada», en tres columnas diferentes

dentro de la página que recoge el original griego. Con ello se pretenden resaltar los textos compartidos o reelaborados. Además, Kotter pone todos los florilegios patrísticos juntos. Torres separa los tres textos, cada uno con su florilegio, aunque evitando repetirlos en su caso, señalando en nota los lugares en los que ya ha sido traducido previamente un texto. El castellano es de amena lectura, y fiel al texto griego. Las notas, breves, ayudan a captar mejor las numerosas alusiones bíblicas o históricas. Estamos, en definitiva, ante una valiosa aportación, que hace accesible al gran público una obra patrística de singular relevancia.

Juan Luis CABALLERO  
Universidad de Navarra

### ROMANO EL CANTOR, *Himnos/1*

Introducción, traducción y notas de Marcelo MERINO RODRÍGUEZ  
Ciudad Nueva, Madrid 2012, 238 pp.

### ROMANO EL CANTOR, *Himnos/2*

Introducción, traducción y notas de Marcelo MERINO RODRÍGUEZ  
Ciudad Nueva, Madrid 2013, 456 pp.

Los himnos, cuya traducción y anotación nos ofrece el patrólogo Marcelo Merino, profesor de la Universidad de Navarra, forman parte de un género propio del Oriente cristiano llamado *kontakion*. Se trata, concretamente, de una especie de homilías de tono catequético cantadas en verso después de las lecturas bíblicas. Romano el Cantor, o Melode, como se le suele denominar en otras lenguas, es uno de los autores más destacados de este género, en el que se ponen de manifiesto la belleza de la poesía y la profundidad de la espiritualidad y la teología orientales.

El profesor Merino aborda, en una extensa introducción (pp. 5-47) todos los aspectos necesarios para valorar en su justa medida el valor de estas composiciones literarias: qué es un *kontakion*, esquema general de la liturgia bizantina, vida y obra de Romano, fuentes y doctrina de sus himnos.

Romano, según las fuentes de las que disponemos, parece haber nacido en Emesa (Siria), en torno al año 490. Hacia 515 habría sido ordenado diácono en Berito (Beirut), desde donde fue a Constantinopla a ejercer su ministerio. Precisamente en la iglesia dedicada a la Madre de Dios, al norte